

Édgar Rojas

LA HERENCIA SECRETA

YOCUENTO

CAPÍTULO I

El joven científico salió de la oficina privada del presidente. Atravesó los hermosos jardines de la Casa de gobierno que conducen a la calle y caminó sin rumbo hasta tropezarse con el malecón del río. Con sus manos apoyadas en la baranda de protección, dirigió la mirada hacia la superficie del agua sin verla, como si quisiera penetrarla hasta la profundidad. El ruido de una embarcación le hizo levantar la cabeza y observarla deslizarse aguas abajo mientras dejaba una huella de espuma en su trayectoria. Alcanzaba a divisar a los pasajeros de la nave, sonrientes, gozando del viaje, sin imaginar que la persona en la orilla era quien había transformado sus vidas llenas de temores, angustias y tristezas a la plenitud de felicidad que hoy podían disfrutar. El secreto, que ocultaba hasta el momento y consideraba un legado enigmático de su padre, había modificado las conductas humanas en el planeta. Sin embargo, los inesperados acontecimientos de último momento lo tenían confundido y como una tolvanera envolvían

todas sus emociones. La incertidumbre de lo que se gestaba era ahora su principal preocupación.

En este momento el hombre recordó el inicio y el desarrollo de su trabajo inédito así como los acontecimientos que le habían permitido llegar a lo que tal vez se pudiera considerar como el cambio más decisivo y sublime de la civilización humana en toda su existencia.

Stephen, joven corpulento gracias a la práctica de ejercicio que había adquirido como hábito desde muy niño, vestía muy sencillo: pantalón de yin, botas color café, camiseta blanca y una gabardina negra que se extendía hasta sus rodillas y resaltaba su metro ochenta y cinco de estatura. El peine era un elemento desconocido e innecesario para él, pero aunque llevaba una cabellera rubia hasta los hombros, con solo pasarle sus dedos era suficiente para lucir bien. Una barba poblada y también de color rubio cubría su rostro y le hacía parecer como un hombre de pasados los treinta cuando en realidad rondaba los veintisiete. Su especial apariencia la complementaban unos lentes oscuros que ocultaban unos llamativos ojos azules que al quedar al descubierto dejaban ver la condición de un hombre honesto, sincero, carismático y munífico. A pesar de sus excepcionales condiciones físicas, su inteligencia podría ser la característica más relevante de su personalidad. A su edad, era un médico y bioquímico reconocido en el mundo científico y como su padre, sentía una enorme pasión por la astronomía.

Sus méritos profesionales le habían permitido llegar al Instituto de Medicina Forense como director, donde se sumergió desde el primer momento en la investigación que adelantaba para perfeccionar el trabajo incógnito que había dejado su padre al morir y que él se veía en la obligación de culminar.

El nombramiento del guapo y joven director maravillaba y encantaba al personal femenino del Instituto, pero generaba resentimientos entre los hombres, quienes consideraban que por experiencia y conocimiento ellos debían haber ocupado ese cargo. Esta situación no le incomodaba sino que, por el contrario, facilitaba las condiciones de aislamiento que necesitaba para realizar su trabajo investigativo.

Cada día extendía su jornada laboral hasta bien entrada la noche. La soledad le permitía despejar su mente y al conversar consigo mismo encontraba e hilvanaba ideas que daban forma y moldeaban la comprensión del mensaje cifrado que su padre le había dejado como herencia.

El Instituto era una construcción centenaria cuyas paredes exteriores se encontraban tapizadas de hiedra verde y solo asomaban los espacios de las pequeñas ventanas y la enorme puerta principal. El cuarto piso, que era el último de la edificación, estaba destinado a las oficinas y laboratorio privado del director. En los momentos de pausa para retomar la inspiración que le condujera a esclarecer el confidente secreto de su padre, el científico se acercaba a la

ventana y observaba silencioso. Desde allí divisaba el patio que daba a la calle y podía ver la aglomeración de personas que llegaban para confirmar, en un acto de drama espantoso, la identidad de los cuerpos, en medio de la desesperación y la angustia. Los muertos que buscaban eran sus seres queridos, todos víctimas de la violencia y el crimen.

Para Stephen, las expresiones que advertía en los desafortunados parientes de los fallecidos no eran ajenas, solo le bastaba recordar el fatídico momento de la muerte de sus padres para entender el dolor y la tragedia de esas personas.

Aunque su padre, un reconocido biólogo molecular, le empezó a transmitir desde muy temprana edad el amor y la pasión por la ciencia y la astronomía, jamás le comentó sobre las investigaciones científicas que desarrollaba a solas en la pequeña habitación que había habilitado como laboratorio en su propia casa. Tal vez la corta edad de Stephen no le permitía comprender la magnitud de la obra que desarrollaba y por eso esperaba que alcanzara la madurez necesaria para poder transmitirle el secreto.

Casi todas las noches se reunía con sus padres en la pequeña sala de descanso para encender la chimenea y, a ritmo de jazz, acomodarse en un sofá en el que cabía toda la familia. Con la música sublime, el abrigo acogedor de las llamas y la voz grave del padre se creaba el entorno ideal para la lectura. Pero llegó un día en que justo cuando se disponían a disfrutar de ese momento apacible y fascinante, llamaron a la puerta de la casa. Aunque no

esperaban a nadie, su madre se levantó del sofá, acomodó su vestido, alisó su cabello y acudió a recibir la inesperada visita.

En cuanto abrió la puerta, dejó escapar un grito aterrador. De un solo salto y casi por instinto, su padre lo ocultó en el armario y le pidió silencio absoluto. Stephen obedeció al pie de la letra y desde el lugar en que se encontraba pudo observar lo que estaba sucediendo en la sala. Unos hombres armados habían ingresado a la casa y traían a su madre tapándole la boca para impedirle gritar. La obligaron a sentarse en sofá junto con su padre y con una cinta que uno de los hombres sacó de su morral amordazaron a su madre y le sujetaron sus manos con el rollo de cinta alrededor sus muñecas. Entre tanto, otros dos sujetos encañonaban a su padre, forzándolo a presenciar inmóvil lo que estaba aconteciendo.

Con las palabras más soeces que Stephen jamás había escuchado en su casa, los gárrulos empezaron a interrogar al padre, preguntándole por los documentos con los resultados de la investigación científica que había desarrollado y exigiéndole la entrega inmediata de los mismos. Muy temeroso y confundido, el padre les suministró la llave y les indicó el acceso al laboratorio donde encontrarían toda la información para que se marcharan sin hacerles daño.

Desde la sala se podía oír cómo revolcaban y tiraban todo al piso, destruyendo a su paso lo que no fuera relevante para llevarse como botín. Una vez reunidos los

documentos que supuestamente desvelaban el secreto, los sujetos salieron del cuarto de laboratorio con la información. Uno de ellos se ubicó frente al sofá donde yacía humillada la pareja y desenfundó un arma con silenciador con la que disparó al hombre y luego, en varias oportunidades, a la mujer. Acto seguido salieron huyendo de la casa.

Cuando estuvo seguro de que los sujetos se habían marchado, Stephen corrió desesperado a socorrer a sus padres. Vio a su madre muerta y a su padre que aún intentaba respirar. Se aferró a él con todas las fuerzas, como en un intento de protegerlo de la muerte. Sin embargo, este solo alcanzó a decirle con voz de moribundo unas palabras incomprensibles: «El tarjetero, no le digas a nadie»; para segundos después buscar con sus ojos la mirada inerte de su esposa y morir.

Había quedado completamente solo en la tierra, pero sabiendo que en el último instante su padre le había encomendado culminar aquel trabajo tan importante al que había entregado su vida y la de su amada.

Los investigadores criminales allanaron la casa para tomar las evidencias con el fin de ubicar a los responsables y determinar las causas del escalofriante crimen. Mientras respondía a las preguntas que unos uniformados le hacían sobre los sujetos que había podido distinguir desde el escondite para elaborar los retratos hablados correspondientes, Stephen observaba cómo los hombres, vestidos con trajes blancos de pies a cabeza y con guantes que llegaban

hasta los codos, recogían escrupulosamente cada elemento y lo depositaban en bolsas que sellaban y disponían ordenadas en una caja metálica. De repente, vio cómo uno de ellos extraía del gabinete central del escritorio de su padre un objeto que llamó mucho su atención. Cuando el funcionario lo depositó en la bolsa y lo elevó a la altura de sus ojos para echarle un vistazo, Stephen comprendió que se trataba de un tarjetero. Entonces, solicitó que le permitieran conservar el objeto como un recuerdo final de su padre, a lo que los hombres no podían negarse, ya que no representaba nada que pudiera considerarse determinante para la investigación. Solo era un hermoso tarjetero que contenía unas pocas tarjetas de presentación del fallecido científico.

Tiempo después, cuando Stephen lo revisó por primera vez, encontró que el tarjetero estaba elaborado en madera, con un hermoso marco y solapa en plata que permitía preservar herméticamente su contenido. El lado posterior de la madera presentaba unas finas incrustaciones de pequeñas letras en plata en las que se leía la palabra *sindéresis*.

En su interior quedaban apenas cinco tarjetas de presentación. Stephen sacó una de ellas para apreciar la elaboración y la información con la que su padre se presentaba ante la sociedad científica. Contenían su nombre, su profesión como biólogo molecular y los datos de ubicación y contacto de la universidad donde trabajaba como profesor e investigador. Cada tarjeta tenía impreso un pequeño

símbolo ॐ en color violeta en uno de sus extremos y una de ellas en la parte superior central.

Nada, excepto el símbolo y su posición en las tarjetas le mostraba a Stephen algún indicio sobre el secreto de su padre. Sin embargo, analizó una de ellas y alcanzó a percibir algunos trazos en la parte posterior. Imaginó que podría existir algún tipo de bolígrafo que escribiera en tinta difusa o invisible; al fin y al cabo, su padre le recordaba todo el tiempo que la visión solo permite percibir el uno por ciento de todo cuanto existe alrededor, debido a que la inmensa proporción de la materia emite luz en longitudes de onda a partir del infrarrojo o del ultravioleta, dejando para la luz visible del ojo humano una exigua ilusión óptica que el cerebro interpreta y admite como la totalidad del universo.

Todo tendría que averiguarlo por su cuenta dado que el deseo de su padre había sido el de no comentar con nadie ni la existencia ni el contenido del tarjetero. Buscó una de esas luces que sirven para descubrir las marcas en los billetes que a simple vista no se pueden observar para impedir o dificultar la falsificación.

Al exponer las tarjetas a la luz ultravioleta se reveló una secuencia de fórmulas químicas y ecuaciones matemáticas en las que podría estar cifrado el fenómeno biológico que mantenía en secreto su padre.

De acuerdo con lo que averiguó, el símbolo representaba un mantra del yoga que expresa la unidad de todas

las cosas y el camino hacia la parte más profunda del ser; el mensaje indicaba que el centro de estudio era la mente, pero como esta es inmaterial, tendría que ser el cerebro el lugar para desarrollar la investigación. La ubicación en cada cartón podría indicar la secuencia con la que se debería leer el lenguaje de las fórmulas y las ecuaciones.

El conocimiento y la formación temprana de Stephen no le alcanzaban para comprender lo que la inteligencia de su padre había plasmado tras años de trabajo y experiencia. No quedaba otra alternativa que estudiar si quería descifrar y cumplir el deseo postrero de su padre de continuar su legado.

Siendo efebo aún, decidió iniciar estudios de bioquímica, con resultados tan asombrosos que a los veinticinco años ya había terminado además una carrera de medicina, astrofísica y una especialización en neurociencia. Logró convertirse así en un científico de altísimo nivel, del cual sus padres se hubieran sentido muy orgullosos.

A medida que iba descubriendo las fórmulas secretas de su padre, Stephen profundizó sus conocimientos sobre la bioquímica y el funcionamiento neurológico del cerebro.

El vertiginoso prestigio alcanzado en su carrera como científico pronto hizo a Stephen merecedor de premios y de altos cargos, hasta llegar a la Dirección del Instituto de Medicina Forense.